

CUMPLEAÑO

UNA MESA Y UNA SILLA: SOBRE LA MESA UN ALBUM DE FOTOS
ENTRA CARLA TRAYENDO UNA TORTA. LA DEPOSITA SOBRE LA MESA. LA MIRA UN INSTANTE
Y LUEGO SE DIRIGE AL PUBLICO

Esta es mi torta de cumpleaños. Si no está adornada por las clásicas velas, no es para evitar hacer público los años que cumpla. Según me decía mi madre, las últimas velitas que apagué fué cuando cumplí los tres años. Cuando cumplí los cuatro si bien la torta estaba adornada por cuatro velas encendidas yo me negué a apagarlas. Y lo mismo sucedió cuando cumplí los cinco, los seis y los siete. Entonces, mi madre con el pragmatismo que la caracterizaba, decidió prescindir de las velas en mis siguientes cumpleaños. Fué mucho después, cuando yo ya era una mujer adulta, que me enteré del origen de esta transgresión a la tradición. Mi madre me lo explicó así.

Yo tenía tres años y algunos meses cuando un verano fuimos a visitar a mis abuelos en su casa de campo. Me debe haber impresionado el vacilante andar de mi abuelo y las arrugas que comenzaban a dibujarse en el bello y sereno rostro de mi abuela que le pregunté a mi madre por qué mi abuelo se movía así y el rostro de mi abuela se arrugaba

- Ellos se están poniendo viejitos. - me dijo.

- ¿Y tú? - pregunté yo - ¿Te podrás viejita?

- Sí, mi amor, yo también me pondré viejita

Oír esto y ponerme a llorar angustiada fué una sola cosa. Entre sollozos le decía a mi madre "No. No quiero que seas viejita". Ella trató de hacerme comprender: "Hija, todos envejecen. Tú también vas a envejecer" Al oír esto mi llanto se convirtió en un grito de rebeldía: ¡No! ¡Yo no voy a ser vieja, no voy a ser vieja! Y terminé diciendo resueltamente: "Nunca más voy a apagar las velitas de mi torta de cumpleaños." En mi ingenuidad infantil, parece que yo pensaba que uno cumplía años en el momento de apagar las velas y que si me negaba a apagarlas, detendría el paso del tiempo. Por cierto que la vida terminó indicándome que esa convicción de mi primera infancia, al igual que tantas otras que abracé en mi juventud y en mi vida adulta, no pasó de ser/^{sino} la expresión de íntimos e imposibles anhelos. No obstante, seguí sin apagar velas en mis sucesivas tortas de cumpleaños.

Yo me he preguntado y todavía me lo pregunto, como una niña de apenas tres años de edad, cuando aún no tenía eso que algunos llaman "uso de la razón" pudiera sentir ese temor por el deterioro que van produciendo los años. Fué ese temor y la observación de los cambios que experimentaban las apariencias físicas de las personas, lo que me llevó a mi crisis de fe religiosa. Como correspondía a una hija de familia católica, yo me eduqué en un colegio de monjas. Todos los días rezábamos, sea en la iglesia del colegio o en las aulas al iniciarse las clases. Un día estaba rezando el Credo como tantas veces lo había hecho, cuando reparé en algo que yo misma estaba diciendo: "Creo en la resurrección de la carne". Me detuve y mientras mis compañeras seguían sus letanías, comencé a preguntarme: ¿En eso creo? ¿En la Resurrección de la carne? Y una horrible duda comenzó a carcomerme, más horrible aún cuando estaba asociada